

# ELECTRA

Revista semanal.

## SUMARIO

*Los jesuitas*, por Martínez Ruiz.—*El lujo*, por Vicente Blasco Ibáñez.—*Página Blanca*, por Rubén Darío.—*Cuatro frescas*, por Ramiro de Maeztu.—*Eleusis*, por M. Machado.—*Cuestión obrera*, por T. Orbe.—*Los poetas de hoy*, por Francisco Villaespesa.—*La política*, por Roberto Castrovido.—*Galdós dramaturgo*, por Francisco Gandmontagne.—*Hacia la revolución*, por Luis Algarineje.—*Paisajes del corazón*, por Juan R. Jiménez.—*Cristo en Madrid*, por Antonio Palomero.—*Los que explican: El Catedrático prestidigitador*, Alberto Greslou.—*Otro amable milagro*, por Eça de Queiros.—*La tarea intelectual*, por Carlos del Río.—*Letras francesas: Henri Barbusse*, por Géminis.—*Diario de un estudiante*, por Juan Gualberto Nessy.—*La muerte del jaguar*, por Luis de Guimeraes.—*Insomnio*, por R. Calvo.—*Taculatorias*, por *El Aretino*.—*Bibliografía*, etc., etc.

REDACCIÓN

Calle de Argensola, 9.

ADMINISTRACIÓN

Espíritu Santo, 18, bajo.

MADRID

15 céntimos.



# Electra.

ANO I.

Madrid 6 de Abril de 1901.

Núm. 4.

## Los jesuítas

### PARRAFOS DE UN LIBRO

... La inquisición reduce al hereje por la fuerza, por el tormento, por la hoguera; la Compañía de Jesús lo gana por la astucia, por la artimaña, por la estudiada dulzura y amorosidad artificiosa. Ved los dos hombres que — con Felipe III, el expulsador de los moriscos — sintetizan la iglesia romanizada y formalista: Torquemada, Ignacio de Loyola; los dos grandes, tétricos, batalladores, tenaces, infatigables, irreductibles...

El inquisidor es la fuerza; el jesuíta la habilidad. Los jesuítas estudian, escriben, se introducen en los palacios, se adueñan de las familias, espían al moribundo, se imponen á los viejos, adoctrinan á los jóvenes. Son una orden monástica, y visten las talares ropas del clero secular; son frailes, y se sustraen á los comunes rezos canónicos. No huyen los ruidos mundanales, ni les espantan los sempiternos enemigos del alma. Son finos, cortesanos, acomodaticios, dúctiles. Halagan á la mujer y la seducen; perdonan al hastiado libertino y lo esquilman. Por la moral amable y dexa triunfan; á la frivolidad mundana — inartística y sentimental — dexan sus ardores. Sus iglesias son diminutas, pintarrajeadas, floreadas, coquetonas, bonitas; y las fiestas de sus iglesias son elegantes, perfumadas, con arpegios melosos y tamizada luz eléctrica.

Los jesuítas han matado el arte en la iglesia y el politeísmo en el culto. El Corazón de Jesús es su ídolo; *lo bonito*, su arte. Y así, con este monoteísmo bárbaro y con esta inopia artística, van insensibles y placenteros á su propia ruina y á la ruina de la iglesia. La multitud española ama las hondas y sombrías tragedias; el cristianismo tétrico de las catedrales apasiona á este pueblo tétrico. Los jesuítas, hostiles á la masa, son frívolo y mundanos, para granjearse el valimiento de la honesta burguesía. Y esta honesta burguesía, que á su vez halaga al pueblo y explota al pueblo, acabará, á impulsos de él, por matar prosaicamente á la Compañía desde las columnas de la *Gaceta*.

J. Martínez Ruiz.

## EL LUJO

—La tenía sobre mis rodillas—dijo el amigo Martínez,—y comenzaba á fatigarme la tibia pesadez de su cuerpo de buena moza.

Decoración... la de siempre en tales sitios. Espejos de empañada luna con nombres grabados semejantes á telas de araña; divanes de terciopelo desteñido con muelles que chillaban escandalosamente; la cama con teatrales colgaduras, limpia y vulgar como una acera, impregnada de ese lejano olor de ajo de los cuerpos acariciados; y en las paredes retratos de toreros, cromos baratos con púdicas señoritas oliendo una rosa ó contemplando lánguidamente á un gallardo cazador.

Era el aparato escénico de la celda de preferencia en el convento del vicario; el gabinete elegante reservado para los señores distinguidos; y ella, una muchachota dura, fornida, que parecía traer el puro aire de las montañas á aquel pesado ambiente de casa cerrada, saturado de colonia barata, polvos de arroz y vaho de palanganas sucias.

Al hablarme acariciaba con infantil complacencia las cintas de su bata: una soberbia pieza de raso, amarilla rabiosa, algo estrecha para su cuerpo, y que yo recordaba haber visto meses antes sobre los flácidos encantos de otra pupila muerta, según noticias, en el hospital.

Pobre muchacha. Estaba hecha un mamarracho: los duros y abundantes cabellos peinados á la griega con hilos de cuentas de vidrios; las mejillas, lustrosas con el rocío del sudor, cubiertas por espesa capa de velutina; y como para revelar su origen, los brazos de hombruna robustez, morenos y duros, se escapaban de las amplias mangas de su vestidura de corista.

Al verme seguir con mirada atenta todos los detalles de su extravagante adorno, creyóse objeto de mi admiración, y echaba atrás su cabeza con petulante gesto.

¡Criatura más sencilla!... Aún no habían entrado en ella las costumbres de la casa; y decía la verdad, toda la verdad á los señores que deseaban saber su historia. La llamaban Flora; pero su nombre era Mari Pepa. No era huérfana de coronel ó magistrado, ni contaba las novelas enrevesadas de amores y desventuras que urdían sus compañeras para justificar su presencia allí. La verdad, siempre la verdad; á ella la colgarían por franca. Sus padres eran labriegos acomodados en un pueblecillo de Aragón: campos propios, dos mulas en la cuadra, pan, vino y patatas abundantes todo el año, y por las noches los mejores mozos del pueblo llegaban en rondalla bajo su ventana para ablandarla el corazón copla tras copla, y llevarse con su morno cuerpo de moza fuerte los cuatro bancales heredados del abuelo.

—Pero ¿qué quieres, hijo?... Me encontraba mal entre tales gentes; aquella rudeza no era para mí. Yo he nacido para señorita. Dí, ¿por qué no he de serlo? ¿No parezco tan buena como cualquiera otra?...

Y frotaba contra mi cuello su cabeza de amorosa dócil, de esclava sumisa á todos los caprichos á cambio de estar bien adornada.

—Aquellos gañanes—continuó—me causaban repugnancia. Me escapé con el estudiante ¿sabes? con el hijo del alcalde, y rodamos por el mundo, hasta que me abandonó, y vine á parar aquí esperando algo mejor. Ya ves que la historia es corta... no me quejo de nada; estoy contenta.

Y para demostrar su alegría, la infeliz cabalgaba sobre mis piernas, paseaba sus duros dedos por mi cabeza despeinándome y canturreaba el tango de moda, torpemente, con su aguda voz de campesina.

Confieso que sentí el deseo de hablarla «en nombre de la moral», ese anhelo hipócrita que todos tenemos de propagar la virtud cuando estamos hartos y con el deseo muerto.

Ella abrió los ojos asombrada al verme grave, predicándole, como un misionero que ensalzase la castidad con una cortesana sobre las rodillas, y su mirada iba incesantemente de mi rostro austero á la inmediata cama. Era el buen sentido sublevado ante la incoherencia entre tanta virtud y los excesos de momentos antes.

De repente pareció comprender, y una carcajada hinchó su carnosu cuello.

—¡Asaura!... ¡Pero que gracia tienes! ¡Y con que sombra sabes decir esas cosas! Pareces el cura de mi pueblo...

—No, Pepa; te hablo seriamente. Creo que eres una buena muchacha; no sabes dónde te has metido y te lo aviso. Has caído muy bajo, pero mucho. Estás en lo último. Dentro del mismo vicio, la mayoría de las mujeres se resisten y se niegan á las caricias que os exigen en esta casa. Aún puedes salvarte. Tus padres tienen para vivir; tú no has venido aquí empujada por la miseria. Vuelve á tu casa; lo pasado se olvidará; puedes mentir, inventar cualquier historia para justificar tu huída, y ¿quién sabe?... Cualquiera de los mozos que te cantaban se casará contigo, tendrás hijos y serás una mujer honrada.

La muchacha se ponía seria al convencerse de que hablaba formalmente. Poco á poco fué resbalando sobre mis rodillas hasta quedar de pie, mirándome fijamente, como si de pronto viese en mí una persona extraña, como si una muralla invisible se hubiese levantado entre los dos.

—¡Volver á mi casa!—dijo con duro acento.—Muchas gracias; sé bien lo que es eso. Levantarse antes de que amanezca, trabajar como una negra, ir al campo, llenarse de callos las manos. Mira, mira como las tengo aún.

Y me hacía tocar las duricies que abultaban las palmas de sus fuertes manos.

—Y todo esto ¿á cambio de qué? ¿De ser honrada?... ¡Para ti! No soy tan tonta. Toma, para los honrados.

Y acompañaba estas palabras con unos cuantos ademanes indecorosos, aprendidos en su tertulia con las compañeras.

Después, canturreando, fué á mirarse en un espejo y saludó con una sonrisa la cabeza enharinada y cubierta de perlas falsas que asomaba á la turbia luna, contrayendo su boca pintada de rojo, como la de un clown.

Cada vez más aferrado á mi carácter de virtuoso, seguí sermoneándola desde mi asiento, envolviendo en sonoras palabras mi hipócrita propaganda. Hacía mal; debía pensar en el porvenir. El presente no podía ser más malo. ¿Qué era ella? Menos que una esclava; un mueble; la explotaban, la robaban, y después... después sería peor: el hospital, las enfermedades asquerosas...

Pero otra vez su brutal carcajada me interrumpió.

—Vaya, chico, déjame en paz.


Plantándose ante mí me envolvió en una mirada de inmensa compasión.

—Pero, hijo, que tonto eres. ¿Crees que puedo volver á aquella vida de perros habiendo probado esta?... No; yo he nacido para el lujo.

Y abarcando en una mirada de devota admiración los sillones cojos, el

diván desteñido y aquella cama por donde pasaba todo el mundo, comenzó á pasear por la sala, gozándose en el *fru fru* de su cola al arrastrar por el suelo, acariciando con las manos los pliegues de aquella bata que aún parecía conservar el calor del cuerpo de la otra.

Vicente Blasco Ibáñez.



## Página blanca.

Un poeta egregio del país de Francia,  
que con versos áureos celebró el amor,  
formó un ramo armónico lleno de elegancia  
en su sinfonía en blanco mayor.

Yo por tí forjara, blanca deliciosa,  
el regalo lírico de un blanco *bouquet*  
con la blanca estrella, con la blanca rosa  
que en los bellos parques del azul se vé.

Hoy que tu celebras tus bodas de nieve,  
tus sueños de virgen con el sueño son,  
todas sus blancuras Primavera llueve  
sobre la blancura de tu corazón.

¡Cirios, cirios blancos; blancos, blancos lirios,  
cuellos de los cisnes, margarita en flor,  
galas de la espuma, cera de los cirios  
y estrellas celestes forman tu color.

Yo, al enviarte versos, de mi lira arranco  
la flor que te ofrezco, blanco serafín...

¡Mira como mancha tu corpiño blanco  
la más roja rosa que hay en mi jardín!

Rubén Darío.

# CUATRO FRESCAS

LOS LARIOS

TRIBUNALES DE HONOR

LA ACADEMIA

JUEVES SANTO

\* \* \* Se tacha de extremado el procedimiento de los labradores que incendiaron la fábrica de los Larios. Lo extremado es el dinero de estos señores. ¡Veintitrés millones de pesetas de beneficios acusó su balance en el año de 1900! Mineros, tejedores, banqueros, azucareros corchotaponeros, ferroviarios, almacenistas, los Larios se han propuesto quedarse con todas las pesetas que arranquen á la tierra los andaluces. Suyos son: los Gobiernos, por parentesco con los Silvelas; suyos la justicia, el gobernador, los diputados y los periódicos malagueños. ¿Cómo iban á protestar los labradores contra esa tiranía? ¿En los mitins? No los hubiera consentido el gobernador. ¿En la Prensa? Habrían necesitado fundar un periódico, cosa que no es tan fácil. ¿En las Cortes? ¡De aquí á que se abran! Y además, ¿quién se ha ocupado en modificar, por medio de la educación, los instintos de aquellas gentes? Málaga es la provincia donde se debe más dinero á los maestros de escuela. Los labriegos de Motril se han defendido como podían: con la fuerza. Y obran cuerdamente negándose á venir á Madrid para parlamentar con los industriales; es posible que los comisionados no perdieran el dinero del viaje, pero también que no ganasen cosa alguna los labriegos que se quedaren en Motril. Hoy los periodistas madrileños atacamos á los Larios. ¿Los seguiremos atacando dentro de quince días? Periodístico, más que árabe, es el proverbio: «Si la palabra es plata, el silencio es oro».

\* \* \* Se habla de la formación de tribunales de honor para evitar lo que llama humorísticamente Cabriñana *lances entre caballeros*. Pero ¿es que fallecen tantas personas á consecuencia de los duelos que se verifican en España? Funciona en Madrid, hace once años, una asociación de bravucones. No saben escribir, y pasan por grandes periodistas; no entienden de política, y se les reputa de hombres públicos. Son autores ó testigos de cuantas farsas duclísticas se llevan á cabo con la complicidad de los periódicos. A esas funciones deben la posición que ocupan. Son sus virgenes pechos, murallas colocadas entre las reivindicaciones populares y los privilegios de los poderosos. Gracias á ellos se ha evitado el examen de las últimas guerras, pues los poderosos han juzgado preferible pagarles un corretaje, á liquidar sus cuentas con la opinión. Hoy piden esas gentes los tribunales de honor. ¿Para qué? ¿Se juzgan con derecho á reposar sobre sus laureles, ó temen la competencia de los nuevos? Entre ellos serán nombrados los flamantes jueces del honor... La cosa tendrá gracia.

\* \* \* Disputan á Ortega Munilla la entrada en la Academia Cavestany y Asensio. De Cavestany se sabe que es tonto. Pero ¿qué es eso de Asensio? ¿Un novelista? ¿Un sabio? ¿Un dramaturgo? ¿Un poeta? ¿Un periodista? ¿Un vendedor de telas? Se ignoraba hasta ayer. Hoy ya se ha averiguado que el tal Asensio es una mixtificación de Catalina. El secretario perpetuo ha querido demostrar la existencia de un Sr. Asensio, á

fin de quedarse con sus dietas, caso de que lo declarasen inmortal algunos académicos supersticiosos, á quienes ha hecho creer en el nacimiento de un Asensio. ¡Es mucho Catalina éste! Consejero de todos los Consejos donde se cobra, secretario de la Academia, del Tribunal de Cuentas, bibliotecario y archivero, etc., etc.; para él no existe capítulo de presupuesto en que deje de poner su nota, ni ley de incompatibilidades de que no se ría. Podrá tener por cabeza un adoquín, pero tiene por estómago el mismísimo tonel de las Danaides.

Escribo en miércoles; mañana Jueves Santo. Es la fiesta madrileña más simpática. La calle de Alcalá, libre de coches y tranvías, se convierte en paseo. Visten los hombres levitas ajustadas á los talles. Van las mujeres con mantilla, luciendo la cara sin la gasa que acompaña al sombrero. Los trajes negros, son de seda ó de raso. Llevan claveles en el pelo. El sol y la primavera les enciende la sangre, y parecen menos pálidas y más alegres. El deseo refulge en sus ojos. Y como son tantas y tan guapas, en cuanto paseais media hora entre ellas, se os entra por los ojos el fuego de sus miradas, por las narices los perfumes, por los oídos las palabras picarescas, la cabeza se os llena de pechos firmes y de caderas ojivales, y salís tambaleando como un marino alcoholizado. ¡Balla fiesta pagana! ¿Qué celebra Madrid en ella? ¿La llegada de la primavera ó la muerte de Cristo? ¿Muere Cristo porque llega la primavera, ó llega la primavera porque Cristo muere? De todos modos ¡viva la primavera y muera!...

Ramiro de Maeztu.

## Eleusis.

Se perdió en las vagas  
selvas de un ensueño,  
y sólo de espaldas  
la vi desde lejos...

Como una caricia  
dorada, el cabello  
tendido, sus hombros  
cubría. Y, al verlo,  
siguióla mi alma  
y fuese muy lejos,  
dejándose sólo...  
no sé si dormido ó despierto.

...Se fué hasta el castillo  
del burgrave fiero,  
que está en la alta roca;  
los puentes cayeron,  
y se despertaron  
los sonos del hierro.  
Pasamos. Mi alma  
tras ella corriendo,  
dejándose sólo,  
...no sé si dormido ó despierto.

Se fué hasta las verdes  
llanuras de Jonia; y el Templo  
cruzó de Parthenes;

del mármol eterno  
dejó las regiones,  
y fuese más lejos,  
con mi alma, dejándose sólo,  
...no sé si dormido ó despierto.

¡Oro y negras piedras  
y muros inmensos,  
y tumbas enormes,  
sepulcro de un pueblo  
que mira hacia Oriente  
con sus ojos muertos!

Siguió. Y arrastraba  
mi alma más lejos,  
dejándose sólo,  
...no sé si dormido ó despierto.

Siguió. Entre menhires  
pasamos y horrendos  
despojos de fieras...  
Siguió: Y á lo lejos  
perdióse en las selvas  
oscuras del sueño,  
dejándose sólo,  
...no sé si dormido ó despierto.

Manuel Machado.



# La cuestión obrera.

Latinos y sajones.

¿*A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?*... Hizo bien Demolins al dar forma interrogativa á su obra, en la que hay mucho más ruido que nueces. Porque yo no creo que sea cosa tan averiguada como algunos afirman la superioridad de los anglo-sajones. Cada raza tiene sus virtudes, y la latina no es de las peor dotadas. Los que se obstinan en sajonizarnos viendo en esa raza todas las perfecciones, acusan una mentalidad muy limitada y una pobre concepción de la vida. Aunque fuese un modelo, no sería juicioso ir más allá de la administración: las imitaciones no son recomendables nunca; dejad á cada uno con su originalidad.

La raza latina, por lo menos en un aspecto, es muy superior á la anglo-sajona.

Posee un gusto particular por la idealidad, que en vano se buscara en la otra. Y esto, que es del genio de la raza, tenía que influir necesariamente en la cuestión social.

No habléis al obrero inglés de reivindicaciones ideales ni de ensueños generosos de una humanidad redimida. Esta música le suena á hueco y la dejará inservible. Un chelín de aumento en el salario tiene para él más valor que todos los principios juatos. Por esto las trade-unions, organismos de acción económica, son formidables en Inglaterra, mientras que la acción política es casi nula.

El inglés sufre la obsesión de lo concreto, de lo práctico, y este carácter de la raza tenía que manifestarse también en la cuestión social. No se mueven aquellas masas por ningún impulso ideal; persiguen el provecho inmediato, el aspecto meramente económico, sin cuidarse del aspecto social, que es más sugestivo en las naciones del Continente, donde la acción política, que exige masas más inteligentes y desinteresadas, adquiere cada día mayores proporciones, ejerciendo sobre el Estado una presión bienhechora que nos aproxima á un régimen de justicia. A duras penas se consigue que los ingleses practiquen la solidaridad internacional. Cuentan demasiado consigo mismos y no ven la necesidad de establecer vínculos ni de ir en auxilio de gentes lejanas cuya suerte no les preocupa.

Quando se dice que la cuestión social es una cuestión de estómago, puede ser cierto en lo que respecta á la raza anglosajona; no lo es en la latina, donde el estómago pesa poco y todo tiende á subir á la cabeza con embriaguez idealista, hasta el punto de que es menester recordar con frecuencia á los obreros sus intereses económicos para que no se pierdan en la inconexión de un lirismo demasiado vago y en un culto excesivo á los principios.

No se conoce en la historia de los pueblos sajones el heroísmo social, esas páginas inmortales del idealismo latino, la *Commune*, la Revolución que proclama principios universales, los derechos «del hombre». Lucharon los franceses para el mundo. Los ingleses habían hecho antes una gran revolución, pero fué la revolución egoísta de los hombres prácticos donde se proclamaba la libertad y los derechos del inglés. Nuestras Cortes de Cádiz sientan principios universales y componen una constitución que es un poema.

La raza inglesa no siente la solidaridad humana ni sabe entonar sus sentimientos al ritmo del alma universal; gusta de lo concreto y tangible: produce naturalistas y maestros de economía; pero es impotente para producir músicos, metafísicos y románticos.

Surgen allí á lo mejor personalidades eminentes que son una nota discordante en la tonalidad mediocre de los hombres prácticos, extranjeros en su patria. El gran Ruskin, espíritu latino, necesitó su vida entera y una labor obstinada para hacer algunos prosélitos de la reacción estética contra los excesos del practicismo.

Toda la elocuencia del mundo es incapaz de inflamar á aquellas masas incombustibles si no ven clara una finalidad utilitaria. ¡Cómo si los lirios del campo y los trinos del ruiseñor fuesen útiles!

En el movimiento obrero latino pueden más las ideas que los intereses; una diferencia de doctrina divide á las masas en dos grandes corrientes, y es tal la sinceridad de los principios, que ni aun en frente del enemigo los deponen para llegar á una conciliación transitoria. Las doctrinas separan; los intereses unen; pero entre nosotros tienen más fuerza aquéllas que éstos, y de ahí ciertos fracasos en la lucha con la burguesía, que es, ante todo, una expresión de intereses, sin principios ideales que debiliten la acción defensiva. El capitalismo posee un instinto de clase muy definido y concreto; no hay miedo de que se evapore parte de su fuerza en fugas idealistas. La clase obrera es menos compacta porque no se encauza, como en Inglaterra, en la estrecha dirección de las reivindicaciones económicas. Mejorar el salario es cosa muy interesante y perentoria, pero no está ahí toda la cuestión social. No es la digestión el acto definitivo de la vida; hay anhelos espirituales, inquietudes desinteresadas, que son las que más ennoblecen á la especie, visiones de un porvenir de justicia, sueños ó realidades, utopía, delirio, misticismo, lo que se quiera, pero que presta á la cuestión social una tonalidad elevada.

Si yo tuviese autoridad para exhortar á los obreros, les diría: seguid el aumento del salario como los anglosajones, pero que no se apague vuestra sed con ese menguado trago. No vive el hombre de principios, pero debe vivir para ellos. Al fin, lo material no sacia nuestras ansias; lo ideal solo tiene eficacia verdadera. Haced de la vida un arte. No seáis demasiado prácticos; creed en la utilidad de los lirios del campo y de las notas de oro del ruiseñor. Sed un poco románticos, y de esta suerte os veréis transformados de obreros en bravos artistas del movimiento social.

Timoteo Orbe.

# LOS POETAS DE HOY

## Ave, Fémica.

## Histérica.

Te ví muerta en la luna de un espejo encantado.  
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.  
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita  
y en tu seno las blancas magnolias del pecado.

Enferma de nostalgias la ardiente cortesana,  
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,  
su anhelo lanza al aire, como un haleón hambriento,  
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Por tí mares de sangre los hombres han llorado.  
El fuego de tus ojos al sacrilegio excita,  
y la eterna sonrisa de tu boca maldita  
de pálidos suicidas el infierno ha poblado.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;  
cruzar desnuda el Cosso, con el cabello al viento,  
y embriagarse de amores en el Circo sangriento  
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

¡Oh, encanto irresistible de la Eterna Lujuria!  
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,  
y el aspid, en tu beso, su ponzoña destila...  
.....

Sueña... Un león celoso veloz salta á la arena,  
ensangrentando el oro de su rubia melena.  
Abre las rojas fauces... A la bacante mira,

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...  
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,  
y Cristo, en el Calvario, recuerda á Magdalena!

salta sobre sus pechos, á su cuerpo se abraza...  
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,  
los párpados entorna... y sonriendo expira!

## Paisaje interior.

## La sonrisa del Fauno.

Cual Sol en los cielos entreabre el Delirio  
su enorme pupila torva y sanguinaria,  
y en la roja tarde vaga solitaria  
el alma marchita de cárdeno lirio.

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas  
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,  
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...  
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Lenta nube vierte sangre de martirio,  
el ciprés eleva su negra plegaria,  
y enciende en el cáliz de la pasionaria,  
livida luciérnaga, fantástico cirio.

Las mariposas tienden sus alas temblorosas,  
y en una loca orgía de luces y colores,  
ébrias de amor expiran en tálamos de flores...  
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

Sollozan los vientos. En lago de llanto  
los cisnes heridos apagan su canto.  
Sobre las palomas vuelan los neblías,

—¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!  
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices—  
Los hombres preguntaron, en una edad lejana,

y entre los adelfas alza lentamente  
su verde cabeza la Eterna Serpiente  
de escamas de oro y ojos de rubies.

á un Fauno que en las frondas oculto sonreía...  
Hace ya muchos siglos... Y en la conciencia humana  
el Fauno á esa pregunta sonríe todavía.

**Francisco Villaespesa.**

## CRISTO EN MADRID

Siguiendo la moda francesa, según es costumbre en la vida política, social, artística y literaria de España, se ha recrudecido en estos últimos tiempos nuestro pseudo-cristianismo de una manera lamentable.

Algunos poetas tenebrosos suelen ofrecernos con periodicidad siniestra cualquiera de los cuatro evangelios, convenientemente versificados, y no faltan pintores que hagan intervenir á Cristo en los cuadros de costumbres en espera de la primera medalla.

Por su parte, los periodistas de combate ponen en circulación constantemente algunas ideas manidas, asegurando ser la esencia del cristianismo; los partidos políticos que turnan en el desmoche nacional, conceden de tarde en tarde varias leyes humanitarias y ofrecen defender las «venerandas creencias de nuestros mayores»; y en días de revueltas populares todos pedimos, en nombre de la doctrina de Cristo, la cabeza de los que aseguran ser sus defensores.

No hay duda de que somos muy cristianos; pero Cristo no parece por ninguna parte. Quien se fije un poco en la vida moderna, observará cuán distanciada se halla de ese ideal que se considera triunfante. Así, pues, el recrudecimiento del cristianismo es más bien el recrudecimiento de la hipocresía, que hace de la sociedad presente un rebaño digno de ser pasado á cuchillo por cualquier Bárbaro, que en este caso no sería merecedor de tal nombre.

Por mi parte, creo tener derecho á la protesta, y lo ejercito siempre que la ocasión se me presenta. Ya sé que el cristianismo no se discute, como no se discute un mal de ojos, según la frase admirable del gran pensador; pero sería una labor tan justa como provechosa la destrucción de esa muralla que impide al espíritu la expansión necesaria para su felicidad. Yo no desconfío de que así suceda, y hasta me parece entrever el día en que el mundo se sacuda tan negra servidumbre. El hombre está cansado de ver la mosca que cae constantemente en su vaso para enturbiar el vino de la alegría, y va comprendiendo que sólo se ofrece la ventura eterna á los que nada tienen en la tierra, como si se les quisiera compensar de las injusticias del reparto y cerrar su boca para que no reclamen. La santa naturaleza se encarga, á su vez, de abrir todos nuestros sentidos cuando la iglesia intenta cerrarlos con el recuerdo de un drama que se suele aplaudir en el teatro de Novedades; y en todas las ceremonias y costumbres religiosas hay cierto aroma pagano que las hace un poco tolerables. Esperemos, pues, confiados el triunfo de nuestras naturales aspiraciones.

Los cristianos sinceros, los que sientan y vivan la doctrina del Maestro, tienen en mí un admirador entusiasta y respetuoso. No creo, como Renan, que el hombre evangélico sea peligroso; pienso, por el contrario, que al decirme «mi reino no es de este mundo», hace dimisión de la parte que en éste le corresponde, lo cual puede favorecerme. Y aunque no me parece muy generoso, que digamos, eso de ser perfecto y virtuosísimo con la esperanza de alcanzar el premio de salvación, perdono ese defecto, considerando que el comercio es una cosa aceptada por los pueblos cultos, y que hasta las buenas obras necesitan su tanto por ciento de comisión.

Admiro, pues, y considero á los cristianos fervientes. Pero me indigno contra los que ponen esa bandera en su barco para ejercer la piratería. Me

sublevo contra los falsos creyentes, y juzgo odioso y perjudicial el pseudo-cristianismo que se exhibe, se defiende y se acepta entre nosotros.

Invito á cualquier desocupado á que sueñe conmigo en la venida de Jesús á Madrid. Para ver cómo sería tratado en un medio que presume de cristiano, es preciso desposeer á Cristo de su carácter de Hijo de Dios. Lo sobrenatural no deja lugar á la protesta en las almas educadas en la religión, y bastaría para estropear la prueba.

He aquí, pues, que Jesús hombre entra en Madrid por cualquiera de las puertas clásicas, montado en un asno, como entró en Jerusalén. No le faltarían palmas ni aclamaciones, y los chiquillos y los paseantes formarían su séquito con regocijo. Viendo vender escapularios, medallas, estampas y otros objetos en los atrios de las iglesias, arrojaría á latigazos á los mercaderes y tampoco dejaría tranquilos á quienes venden en su nombre indulgencias y responsos, la epístola de San Pablo y la sal que borra los pecados, sin olvidar á los que, llamándose sus soldados, procuran apañar cuantas riquezas encuentran. Esta medida de justicia, realizada por Jesús, le proporcionaría, naturalmente, el primer disgusto.

Es de presumir los que tendría después. Al penetrar en el salón de sesiones del Congreso, para demostrar á los fabricantes de leyes que se olvidan de las divinas y se burlan de las humanas, sería puesto en mitad de la calle. Por el relato de sus milagros se le trataría de loco, y los periódicos satíricos gastaríanle bromas, poco ingeniosas, recomendándole al ministro de Hacienda, ya que aumentaba los panes y los peces, y al gobernador civil por la resurrección de Lázaro. Al pretender la defensa de la mujer adúltera, el marido, ofendido, le enviaría sus padrinos y nadie sería capaz de comprender su grandeza al perdonar á María Magdalena. Quizá no encontrara doce discípulos, ni siquiera entre los pescadores que van siendo menos sencillos de día en día, y, si acaso los encontraba, es seguro que once, por lo menos, hicieran de Judas con la esperanza de los treinta dineros. Reuniéndolos para la cena, en el local se sentaría el delegado de la autoridad con orden de intervenir en los discursos.

¡Y qué cosas dirían los eternos fariseos, alarmados de la presencia de un espíritu superior á los suyos! Los hombre de orden, las clases conservadoras, los guardianes de todas las innobles ranciedades, como asimismo los regeneradores de última hora que recomiendan el trabajo como panacea única y precisa y han declarado guerra á muerte á los ideales, á las ilusiones y á la fantasía, exclamarían indignados:—¡Cómo! Este hombre es hijo de un carpintero, y en vez de estar en el taller de su padre, ayudándole en sus faenas, se pasa la vida sin trabajar y va por campos y ciudades predicando ideas disolventes!...—Le perseguirán sin descanso. Sus parábolas serían consideradas como trozos oscuros de literatura modernista. Sus sentencias se despreciarían; y al oírle decir «los ricos no entrarán en mi reino», «ay de vosotros que cargáis los hombres con cargas que no pueden llevar», «cuando vas al magistrado con tu adversario, procura en el camino librarte de él; porque no te arrastre al juez, y el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel», y otras cosas por el estilo, es seguro que un delegado de vigilancia le echaría mano para formar el atestado correspondiente.

Eso le pasaría á Cristo si viniera á Madrid, donde el cristianismo nos cuesta tanto dinero y tantos disgustos. Y si mi sueño os parece irreverente, poned, en vez de Jesús, á un hombre que practicara su doctrina.

*Antonio Palomero.*